



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo final de grado:

Historización y proceso analítico

Modalidad: Ensayo académico

Estudiante: Leonardo I. Gorria Bonora

Tutor: Mag. Michel Dibarboure

Revisora: Mag. Margarita Fraga

Montevideo; Uruguay

29 de julio de 2025

Contenido

Caratula	1
Agradecimientos.....	3
Resumen.....	6
Introducción	6
El habla clínica y entre hecho y acto.....	7
Historizar el trauma: desde Freud, Lacan y Laplanche.....	8
La palabra como materialidad del inconsciente: su estructura como cadena de significantes y la suplantación de lo originario según Laplanche	10
El caso Wanda: de lo traumático a lo transferencial.....	12
La transferencia como campo de retorno de lo reprimido: El semblante, SsS y la repetición	14
La huella de Freud: la repetición y algo más allá del principio de placer.....	16
El lugar y la función del analista: Otra transferencia, según Klein y Lacan	20
Hacia el fin del análisis: La caída del Otro y el fin de la repetición, el síntoma como posibilidad de lazo.....	24
El sujeto habitado por el silencio: la identificación sintomática y una soledad sin Otro.....	25
Conclusión.....	27
Bibliografía.....	29

Agradecimientos

A esta casa de estudios, sus funcionarios y docentes en general; Por su enfoque y modelo; con el compromiso de aportar al desarrollo de nuestra sociedad y región.

A M. Dibarboure, por su acompañamiento en esta tesis, por el profundo respeto que demostró tener ante las diferencias epistemológicas; por dar el baño de lenguaje lacaniano en mi persona, función de la cual, seguro reviste aunque fuere un mínimo de arrepentimiento.

La enorme gratitud de que sin su acompañamiento (tanto dentro como fuera de esta universidad) esta versión de mí nunca hubiere sido posible.

A M. Fraga, quien con su peculiar intervención, y sin ánimos de hacerlo delimitó brillantemente la temática de este trabajo, despojó la misma de rosas y claveles, instalando el orden de lo real en aquel novel encuentro. Por aceptar la tarea de revisión, incluso sin una acepción tan *lacañosa* de las cuestiones analíticas, su aporte fue de gran valor.

Agradecimiento para el equipo de la C.P.U, compañeros, usuarios y en especial a O. Carrasco por dos años fantásticos de formación comprometida, las mejores experiencias y por dar lugar a la más fecunda batalla epistemológica.

En el año culmine de practicando, a M. Gambini, por sus excelsos aportes a mi trayectoria y su profundo compromiso con la formación de todos los integrantes, siempre.

A M. Delgado, por su aporte en las diferentes etapas de este trabajo, por su pertinencia técnica y teórica, y por la confianza que reviste en mis capacidades epistémicas.

A María Luisa Baró, por su perspicacia argumentativa, su aporte ha sido sustancial en lo que refiere a la posición crítica para con los hallazgos y sus atribuciones casuísticas. Su fortaleza personal y profesional son y serán una feliz referencia en los años venideros. Salta violeta!!

Incluyendo a los mencionados de, y a los que sigue de mi familia, agradecerles, ya que sin ustedes esto no hubiese sido posible; una parte importante de este logro es sustancia suya.

No podré mencionar a todos, pero aquí el apretado abrazo para quienes se escapen de la nómina subsiguiente.

A mi padre por no aflojar nunca, ni una cuarta en la tarea de domesticar el vigoroso carácter que mi genética dispuso, por ese esfuerzo inagotable que devino en lo que soy; por la compañía en este viaje que es la vida, por el abrazo firme en los momentos de turbulencias.

Una especial mención a mi hermano mayor Federico, por su compañía y cuidado siempre; por ser el primer universitario con nuestro apellido; quien decidió seguir el camino formativo de nuestra madre, que incluso en su ausencia, ha revestido para nosotros el mejor de los ejemplos.

Es ese, el vacío que habita y habilita en algún punto, la búsqueda de su presencia allí como estudiantes y luego profesionales, ayudando a otros, y extendiendo así, el lenguaje que nos tocó en suerte.

A mis abuelos paternos Violeta Soledad y Julio Filemón, por su aporte invaluable en mi vida, y en la novela familiar toda. Dos personas de un valor inconmensurable.

A mis tíos Mario y Mariela, a quienes guardo un especial lugar en mi corazón por su profundo valor en mi constitución; y sea en esta instancia el agradecimiento especialmente para ella, a quien recordaré hoy y siempre, por ser el modelo educativo que seguí, y quien me impulsó a seguir en esto, como nadie.

A mis primas Martina, Fabiana y Patricia (con sus parejas e hijos) quienes me acompañaron y acompañarán siempre en cada conquista y derrota de mi vida. Fueron y son parte sustancial de este logro.

A mi Martu querida, mi P.F.E, quien constituye una parte fundamental en este trabajo, por su dulce presencia y sensibilidad, va para ti un abrazo y mención especial, con la profunda convicción y deseo que nuestros caminos permanezcan juntos hasta el final.

Para mi segunda familia (Vidal-Gualco) por su aporte en todo orden de mi vida, en su apoyo a mi formación en lo técnico y ahora profesional, por su escucha siempre cálida y por ser mi lugar seguro desde siempre.

A mis amigos, por acompañarme en el derrotero de estudiar y trabajar, por sostener y validar el sufrimiento que deviene de la acción de crecer. Por sus aportes en los peores momentos, y sus festejos en los mejores.

Compañeros de trabajo de Applus, y Julio Cesar Lestido por el apoyo incondicional y asumir en sus tareas, las que por esta función no pude desempeñar. La potencia de su esfuerzo y el aliento permanente fueron vitales en este largo proceso.

Sin más, demos lugar a la producción que motiva este tan extenso como importante apéndice de agradecimientos.

Resumen

El objetivo del presente trabajo es interrogar las incidencias que el concepto de historización tiene, en los desarrollos y movimientos elucidados en el proceso analítico.

Mediante un variado compendio teórico, se analizarán las particularidades de la relación terapéutica, con especial énfasis en la repetición y la transferencia; se verá como tales conceptos se articulan en el discurso del analizante, en una especial relación con el analista.

El trabajo destaca el papel del lenguaje, el síntoma y la simbolización progresiva, como potenciales herramientas para la deconstrucción de la “historia personal” y en la transformación de lo traumático.

Introducción

Este trabajo final de grado en modalidad de ensayo académico, tiene como objetivo abordar críticamente la noción de historización y los efectos sobre ella, en el devenir del proceso analítico.

A partir de aportes de autores como Freud, Lacan, Laplanche, Klein y Bleichmar (entre otros) se analizará cómo el trauma, la repetición y la transferencia se articulan en el discurso del analizante, y cómo el analista intervendría, en virtud de posibilitar el despliegue de cierta incorporación simbólica.

El recorrido teórico se complementa con el análisis de un fragmento del caso clínico "Wanda" trabajado por Silvia Bleichmar, como ejemplo de cómo, el trauma puede reactivarse y resignificarse en la transferencia.

El habla clínica: entre hecho y acto

Pensar en el proceso analítico, es pensar en habla con un otro. Habla que es producida y productora de efectos en el hablante en tanto y para quien es dicha.

Las palabras que componen el discurso del analizante son una selección que implica un esfuerzo por la unificación del ser. El relato encarna presunta unidad, se ensambla en una narrativa que pone de manifiesto mucho más de lo pretendido.

Hablar implica la coartación del suceso, la reducción de su sentido para ser transmitido a título de una verdad, en ascuas.

Es en el acto del habla que, a través de lo dicho puede ser enunciada una suerte de verdad en sus escollos; en tal paradoja, se presenta la disyuntiva de *entre hecho y acto*, que implica la susceptible (pero singularmente importante) diferencia entre lo dicho, paradójicamente indecible.

Una suerte de más allá del objeto volitivo lenguaje; la palabra, único medio del psicoanálisis y representante de lo real del propio ser en el lenguaje; ejemplificando con la corriente expresión de “El/ella es una persona que tiene palabra”.

Continuando y más allá de la concepción metapsicológica que se tenga sobre el Yo, (entendido como puro síntoma, o como instancia psíquica epicentral que sustenta la cohesión de la personalidad) el ejercicio del habla en análisis implica un recorrido holístico en relación con el recuerdo, que será puesto en escena compelido por la repetición, para que en tal función pueda ser presentada una elaboración dinámicamente estable, en presencia de un otro (analista) que será un otro más aquí, pero más allá, el Otro.

Esa expresión de saber, especial construcción/constitución que eroga el discurso en ese momento dado, en diálogo con la figura del analista, logra ser capturado en una formación conceptual arto interesante e intrincada, conocida como historización.

Piera Aulagnier propone una versión de tal concepto, que posibilitará la deconstrucción de las implicancias inmiscuidas en la dialéctica, no únicamente conceptual, sino de la función historizante.

Es una necesidad de su funcionamiento situarse y anclar en una historia que sustituye un tiempo vivido-perdido por la versión que el sujeto se procura merced a su reconstrucción de las causas que lo hicieron ser, que dan razón de su presente y hacen pensable e investible un eventual futuro (Aulagnier, 1984).

Inagotables son las implicancias que bordean tal enunciado, dejando sin más opción que recortar las más atinadas para esta función; con tal efecto atiéndase especialmente a la dimensión que denota la acción lenguajera de establecer una versión sustituta, que posibilite la explicación sobre las causas y destinos de la constitución del sujeto en sí, y para otros.

Historizar el trauma: desde Freud, Lacan y Laplanche

Desde un principio esta noción se haya presente en las enseñanzas freudianas asociadas a la teoría del traumatismo, definido como “Acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica” (Laplanche y Pontalis, 1967).

La teoría del traumatismo es en alguna medida dejada de lado por Freud, pero retomada por Laplanche en la génesis de la teoría de la seducción generalizada. Busca exponer la doble implicancia temporal y discursiva del traumatismo (que explica el fenómeno elucidado por Aulagnier en su concepción sobre historización), en tanto que ese olvido se

comporta como habilitante de una nueva versión, de esa historia, en el presente de un olvido vuelto des/olvido.

La acción del trauma se descompone en varios elementos y supone siempre la existencia de, por lo menos, dos acontecimientos: en una primera escena, llamada de seducción, el niño sufre una tentativa sexual por parte de un adulto, sin que ésta despierte en él excitación sexual; una segunda escena, a menudo de apariencia anodina, y ocurrida después de la pubertad, por algún rasgo asociativo, la primera. (Laplanche, 1987).

Siguiendo tal razonamiento se entiende que es la representación del primer acontecimiento, que sin estar albergada en la conciencia e incluso despojada de su espacio en la dimensión preconscious, irrumpe con excepcional potencia desequilibrando la experiencia del sujeto.

Agrega a propósito Laplanche:

Pero sí es verdad que hacen falta siempre *dos traumatismos para constituir un traumatismo*, dos tiempos distintos para constituir una represión, esto equivale a decir que la represión originaria, o bien el traumatismo, nunca pueden ser señalados con el dedo en una observación, incluso analítica. (Laplanche, 1987).

Luego se comentará de qué manera se aplicaría, este singular concepto y expresión que de la problemática originaria actualizada puede tomar, apalancados en la lógica discursiva de la Metábola de Laplanche, en un caso clínico nominado Wanda por Silvia Bleichmar, donde una mujer de 60 años, que cuando niña fue víctima de la persecución judea, obligada a vivir a título de huérfana en un gueto, bajo la vigilancia de su madre, pero sin poder develar su relación; experimenta sistemáticamente eventos del presente, referidos a la reedición de su pasado hoy.

Atravesando tal suceso por la lógica lacaniana, el movimiento descrito puede ser entendido como nuevo desarrollo de verdad, entendiendo que la verdad para Lacan se refiere al lenguaje, (es decir al inconsciente) y en tal sentido, éste se entiende homologo al contenido de la palabra, y sus diferentes expresiones.

La palabra como materialidad del inconsciente: su estructura como cadena de significantes y la suplantación de lo originario según Laplanche

En *Del sujeto por fin* cuestionado Lacan menciona: “(...) *el síntoma no se interpreta sino en el orden del significante. El significante no tiene sentido sino en su relación con otro significante. Es en esta articulación donde reside la verdad del síntoma. El síntoma conserva una borrosidad por representar alguna irrupción de verdad. De hecho es verdad, por estar hecho de la misma pasta de que está hecha ella, si asentamos materialistamente que la verdad es lo que se instaure en la cadena significativa.*” (Lacan, 1966).

Detrás del movimiento de verdad, la extrañeza y borrosidad de ese recuerdo, se puede identificar la fundación dual de tal reconocimiento, y una dinámica referencial que depone la función del recuerdo como móvil de generación de subjetividad.

Resulta necesario exponer este anterior fundamento teórico del funcionamiento de esas marcas, que se hallan instaladas en el aparato psíquico, incluso conservando éste la incapacidad de interpretar / significar su contenido.

Dar la nota de algo más allá de lo que solo puede representar un acontecimiento; es decir la huella, posibilita la muestra de (como sugiere Lacan en la cita precedente) una situación discursiva, metafórica (o metabólica según Laplanche) que solo tiene sentido en relación con la cadena significativa, e inmiscuida en y con los otros contenidos.

Como expone Freud en *Primeras publicaciones psicoanalíticas* (1893-1899) con el caso del nombre Signorelli, la función del olvido evidencia la lógica del funcionamiento (y

principalmente) la función que la marca de un Otro ejerció y aún insiste en ejercer, para el sujeto de la palabra.

Únicamente en el dominio de la reelaboración traductiva se puede comprender lo que puede significar ese curioso efecto denominado «*après-coup*». (...) ¿Cómo, en efecto, en todo rigor, la pura percepción podría proveer ya de *signos*? Si se trata sólo de percepción de objetos inanimados, ésta a lo sumo provee de indicios. Y si fueran meros indicios, huellas puramente factuales, residuos sin intencionalidad semiológica, ¿cómo podrían ellos proponerse para una primera traducción por el sujeto? Asignamos entonces el signo de percepción, esta primera inscripción en el aparato psíquico, al significante enigmático (...) El ser humano es y no cesa de ser un ser auto-traductor y auto-teorizante. La represión originaria no es más que el momento primero y fundador de un proceso que dura toda la vida. Para ese proceso hemos propuesto un esquema, aquel de la sustitución significante o metábola (...) derivado en parte de Lacan, aunque se orienta en una dirección por entero diferente. (Laplanche, 1987).

$$\frac{S_1}{s} \times \frac{S_2}{S_1}$$

Aquí se expone un matema que muestra de lado izquierdo, la relación existente del Significante 1 con el significado, que según Laplanche guarda relación con “los primeros significantes enigmáticos parentales, el <*s*> es puramente reemplazado por un punto de interrogación”. (Laplanche, 1987).

En el lado derecho se aprecia la relación existente en cuanto al S2 con S1, que operación combinatoria, se reducen efectuando la relación directa y abreviada de:

$$\frac{\frac{S_2}{s}}{\frac{S_1}{S_1}}$$

Entiéndase el sinsentido matemático debajo de la barra horizontal, como la relación entre la cadena ya iniciada (S1) y el inicio de esta. Ese contenido, queda reprimido, como una suerte de abreviatura inconsciente, esperando a ser incorporada al sistema cuando el mismo tenga la capacidad para integrarle.

Y agrega: (...) siempre nos vemos en presencia de mixtos de esos dos resultados: una parte de S1, pero sólo una parte, es arrancada a su oscuridad, y una parte es reprimida. Además, hay que hacer lugar a lo que se llama simbolización y que es el resultado de un tejido de metábolos, y de metábolos de diferentes tipos, que alían la metonimia y la metáfora (...) Es esta red, es este retículo simbolizante el que permite, poco a poco arrancar de su oscuridad algo de lo reprimido originario. (Laplanche, 1987).

El caso Wanda: de lo traumático a lo transferencial

Tal es el efecto de lo reprimido originario, o (según Laplanche) significante enigmático, por el valor que se le adjudica en la fundación del sujeto y su eventual reencuentro con ese pasado olvidado. Eso que entendió sumido en discurso, “(...) en su operancia real, en tiempo segundo.” (Bleichmar 1993).

Se expondrá un fragmento del caso clínico antes mencionado (Wanda) a efectos de presentar con mayor claridad la versión posible de los mecanismos hasta ahora mencionados y la función que se entiende erogan en el proceso analítico, en cuanto a las formaciones del inconsciente, apalancadas por la buena práctica, enfocada en clave de desanudar la construcción narrativa histórica, que el sujeto ha procurado sobre sí (tanto por sí, como por medio de sus O/otros).

El caso Wanda: Una mujer de 60 años, que tras un año y medio de análisis: “(...) Cae presa de un amor profundo por una compañera de trabajo. Se trata de una mujer joven, inteligente, con la cual pasa largas horas hablando, compartiendo tareas, confidencias - siempre actuales, ella nunca habla de su pasado-.” (Bleichmar, 1993).

“Se extraña de este amor homosexual, nunca le han atraído las mujeres; tampoco ha tenido vínculos muy profundos con ellas a lo largo de su vida.” (Bleichmar, 1993).

“Los ojos de X, eso es lo que me atrae...” dice. Le pido que rastree esa mirada. No hay asociaciones”. (Bleichmar, 1993).

Luego otro recuerdo viene a ensamblarse: ella tiene 13 años, han comenzado las primeras evacuaciones del gueto; tiene sus primeros escauceos amorosos. Un niño de su misma edad es su compañero, amigo, se siente muy atraída. Él es trasladado con su familia. Va a la estación y lo ve irse, la valijita en la mano... Se miran y de repente Wanda dice: -Esa mirada, los ojos... ¡Son los ojos de X!. (Bleichmar, 1993).

Concluye Bleichmar, en virtud de reiterados eventos en torno al objeto mirada: “Los ojos de X: los ojos del niño, (...). Es la mirada, fijada al modo de un *indicio*, inscrita pero no metabolizada, conservada de modo diferencial, discreto, sin reengarzamiento, no transcrita”. (Bleichmar, 1993).

Arto interesante el caso citado, en su complejidad atravesado por una infancia que expone de tal etapa lo fundamental, en la trama de una historización peculiar en lo referido a las presencias de las miradas de los otros, y como éstas pueden significar un peligro tan real.

Una niña que debe ocultar su verdadera identidad a esas miradas, que es obligada a vivir en la clandestinidad sus dolores y alegrías, a reprimir el afecto por su madre, decantando trágicamente en los intentos por sentir algo bueno en su vida.

La mirada actual de esa joven compañera de trabajo puso en funcionamiento la metábola del recuerdo; significa a la misma vez la mirada de cada uno de los componentes de su historia. Se enclavan los elementos del recuerdo primario, quizás compelido por lo extraño e imposible de ambas relaciones.

La paradoja de un amor púber se ajusta a la medida de una relación de lógica invertida a su objeto sexual preferido. Podría operar en tanto fantasía (dada la dimensión pulsional insatisfecha) como fantasma en una relación que aparece allí por su naturaleza, en ambos tiempos incompleta e inalcanzable, que se presenta al borde del goce (\$ $\diamond a$).

La transferencia como campo de retorno de lo reprimido: El semblante, SsS y la repetición

Esta referencia pone de manifiesto cómo, los ojos de la analista posibilitan la proyección, la entrada en escena de los ojos de diferentes presencias en la construcción histórica del analizante. La posición de la analista reviste una función de prestarse para, dirá Lacan “semblante del objeto a”.

El mismo propondrá que la posición del analista significa (en algún sentido) la posibilidad de dejar poner en juego el goce del analizante, de permitir el despliegue del objeto a.

Véase la siguiente cita, en referencia a la raíz etimológica, y la función metonímica que se pone en juego ya en la propia génesis del concepto, que representa una muestra elocuente de la forma de pensamiento lacaniano, a propósito de las dinámicas lingüísticas.

Hay para lo mental del hombre, es decir lo imaginario, la *aphlicción* de lo real fálico a causa de lo cual se sabe no ser más que semblante de poder. Lo Real, es el sentido en blanco

{*le sens en blanc*}, dicho de otro modo, el sentido-blanco {*sens-blanc*} por el cual el cuerpo hace semblante {*semblant*}, semblante por el que se funda todo discurso (...). (Lacan, 1975).

Se verá que aquí Lacan referencia al semblante como sentido en blanco, valiéndose de que la posición del falo reviste la presencia real de lo que llamó *la impostura masculina*; según tal concepto, el hombre cree ser el falo, cuando lejos de serlo, solo a veces le tiene, y el corte de lo real le suprime tal posición, cuando la saturación del goce lo somete a estar mucho más acá, de lo que el fanteoche le posibilitara y exigiera a priori. Se trata de una fantasmática relación de supuesto no perder, de corte y no todo. Pura ficción. Algunos entenderán tal posición, con la “histeria masculina”.

Ahora bien, y retomando lo que en principio motiva tal cita (que es la función del analista), la “semblantería” (si se concede la expresión) en tal sentido estaría relacionada con el dejarse tomar por, ser un suerte de objeto a disposición, que permita ver cuál es su posición.

Tal posición que yacerá así, determinada por la misma demanda; demanda de ser mirada, (y a su debido tiempo juzgada) proveniente del analizante, y representante de lo que de él se pone en juego allí.

En ese sentido, y sin tener para el analizante (la mayor de las veces) sentido, se evidenciará, a la burla de su sombra, su demanda, el reclamo del sentido de su historia; he aquí, la demanda de análisis.

Así, Bleichmar deja de ser Silvia, para ser un objeto mirada/mirado, para permitir la exploración de la cadena significante, sin temer de lo que allí pueda ocurrir, dando lugar a lo que sea que allí ocurra.

Así queda la figura del analista investida a rigor de la posibilidades inconscientes del analizante, las suyas propias y las características de esta especial relación; a merced de las posibilidades de simbolización en el momento dado.

Esta posición asignada por el analizante es homóloga a la lógica que demanda la reinscripción de los conflictos primarios en los eventos del presente. Tal insistencia replica los modos de relación, los personajes y sus funciones. En efecto, posibilita la exposición de los acontecimientos que siempre serán verdad, no por serlo, sino por estar hechos de su misma pasta (si se permite la reiteración).

Al instalarse la repetición en el espacio analítico, puede entenderse un avance en la relación transferencial, y una posibilidad para tramitar efectos aún no trabajados. Ahora bien, no basta la mera repetición, sino una forma especial de obrar del analista. Véase la siguiente cita para avanzar en tal sentido.

“Que el sujeto reviva, rememore, en el sentido intuitivo de la palabra, los acontecimientos formadores de su existencia, no es en sí tan importante. Lo que cuenta es lo que reconstruye de ellos”. (Lacan. J, 1954).

La huella de Freud: la repetición y algo más allá del principio de placer

Para continuar desanudando este proceso, que implica la reconstrucción de los contenidos provenientes del discurso historizante en el devenir del proceso analítico, se hará referencia a un texto que guía la metodología desde el inicio de esta práctica, con el objeto de traer aquí no solamente su contenido, sino también el modo en que estos saberes irrumpieron en el horizonte de quien les promovió.

Sigmund Freud propuso una serie de escritos al servicio de aquel médico que iniciara (al igual que si mismo) la práctica analítica. Es en este caso, ineludible traer a colación (aunque fuere de forma parcial) el que se titula: “*Mas allá del principio de placer*”.

Dada su competencia en cuanto a aquello que se juega en el proceso analítico, que supone algo más que la adaptación al medio, a la conservación; lo que allí se presenta se despliega en un sentido diferente.

En cuanto a las circunstancias de tales hallazgos, Freud no alcanzó el saber que le devino su fama (y con todo merecimiento) con el chasquido de sus dedos; este saber fue el proceso de problematizar profundamente la disciplina médica (hasta la desidia de sus pares), desafiar los límites de las prácticas habituales (morales y profesionales), y someter a juicio (propio y ajeno) los resultados que de sus intervenciones concluyera.

Previo a ello se sabe (o supone) la posición de un sujeto que quiere saber, al que le interesa la hiancia que se presenta en los casos de la llamada neurastenia. Una clase de enfermedad mental, a la que sus contemporáneos despreciaron, tildando de teatral su sufrimiento, abandonando su suerte al exilio y la reclusión (como dirá M. Foucault).

Con el pasar del tiempo, un grupo de médicos se abocó en un céntrico hospital universitario de París, llamado *Pitié-Salpêtrière* al estudio de tal afección; allí el descubrimiento ligó la historia con el acontecimiento.

Desde allí, (con el permiso del recurso metonímico) se inicia el proceso de dar cuenta del peso de la historia en la histeria. En ese camino, los recursos y los medios fueron dando forma a una serie de acontecimientos, que deberemos saltar aquí; pero que devendrán en descubrimiento de lo que se conoce como *talking cure* (o cura por la palabra).

Con el transcurrir de las experiencias en tal método, y fundado en su regla de la libre asociación, Freud se topó con la transferencia, viéndola allí como un obstáculo (expuesto clara y definitivamente en el caso dora).

Con el pasar del tiempo su posición al respecto se fue modificando, al punto de entender que la transferencia posibilitara (y también su contrario) el flujo del diálogo significativo en el espacio clínico, y la misma cura.

En el analizado en cambio, resulta claro que su compulsión a repetir en la transferencia los episodios del período infantil de su vida, se sitúa en todos los sentidos, más allá del principio de placer. El enfermo se comporta en esto de una manera completamente infantil, y así nos enseña que las huellas mnémicas reprimidas de sus vivencias del tiempo primordial no subsisten en su interior en el estado ligado, y aun, en cierta medida, son insusceptibles del proceso secundario. A esta condición de no ligadas deben también su capacidad de formar, adhiriéndose a los restos diurnos, una fantasía de deseo que haya figuración en el sueño. Freud, S. (1920).

Así mismo léase como Freud deja allí el sentido de que las posibilidades de nominar y simbolizar no son limitantes de las de mantener un recuerdo, paradójicamente sin hacerlo; será este un aspecto controversial (y arto interesante) que abordará en su teoría S. Bleichmar, al mencionar que existen recuerdos pre-subjetivos, que merodean el aparato psíquico cual fantasmas, escapando al símbolo, el lenguaje y la conciencia (por ser previos a ellos y constituirse de diferente materialidad psíquica).

Tales recuerdos, serán plausibles de ser observables y señalables en análisis, reconociéndose mediante la presentación de recuerdos desarticulados, según la autora, que les nombrará *signos de percepción* (al igual que Freud seleccionará tal nominación para motivos similares en la carta 52/112 con Fliess).

Piénsese en la transferencia como medio de repetición, y a la repetición, como la transferencia de ese pasado olvidado. En ese sentido, constituir como herramienta a la misma

tiene toda la razón (y posiblemente poca escapatoria).

En tal camino Freud advirtió:

Por lo general, el médico no puede ahorrar al analizado esta fase de la cura; tiene que dejarle revivenciar cierto fragmento de su vida olvidada, cuidando que al par que lo hace conserve cierto grado de reflexión en virtud del cual esa realidad aparente pueda individualizarse cada vez como reflejo de un pasado olvidado. Con esto se habrá ganado el convencimiento del paciente y el éxito terapéutico que depende de aquel. Freud, S. (1920).

Por ello, se entenderá sensato pensar que la historización es función de las posibilidades de simbolización, y su despliegue en análisis depende de las características del vínculo que se genere entre analizante y analista.

Y será efectivo (bordeando únicamente, y por no esquivar totalmente la dificultad que deviene al pensar el concepto de efectividad en psicoanálisis, objeto de otro debate) siempre y cuando pueda verse reflejado en un movimiento que revista más que completar el destino que le confiere la basta teorización psicoanalítica.

Que algo allí suceda, y en algún sentido dé consistencia, a aquello que sin tenerla, afligía la experiencia del sujeto. Un movimiento en la versión de la historia, que haga lazo con esa parte que insiste en ser acaecida.

Relacionado, Bleichmar agrega:

Es este elemento investido, circulante, el que puede devenir indicio cuando cobra para el sujeto el carácter de un signo, cuando “hace signo”, porque el mismo se ve fijado a éste o porque alguien lo subraya - en este caso el analista- y mediante su ligazón cede en su carácter de precipitante de la compulsión de repetición... (Bleichmar, 2004).

Así, puede entenderse que esa captación del sentido es en alguna medida de doble orden dual; es decir, se trata de un pasado, que en tanto olvidado, se haya compelido a repetirse hoy, utilizando a su favor los elementos que el entorno provee, sin reparar en los estragos alienantes que esto le confieran tanto al sujeto como a su entorno.

Al unísono, el segundo orden responde a que el recuerdo, propio del registro intrasubjetivo, se pone autónomamente a su servicio, en procura de un otro, que devenga en lazo, y así recomponga en esa intersubjetividad algo de eso no sabido, y pueda volver sobre sí, ligando su pertenencia.

El lugar y la función del analista: Otra transferencia, según Klein y Lacan

En ello se aplica la versión que propone Melanie Klein sobre transferencia, la cual se cita aquí:

Durante muchos años -y esto, en alguna medida, es cierto aún hoy- la transferencia ha sido entendida en términos de referencias directas al analista en el material del paciente. Mi concepto de la transferencia, según el cual esto tiene su raíz en los estadios más primitivos del desarrollo y en los niveles profundos del inconsciente, es mucho más amplio y entraña una técnica por la cual los elementos inconscientes de la transferencia se deducen de la totalidad del material presentado. Por ejemplo, los relatos de los pacientes acerca de su vida de cada día, sus amistades, sus actividades, no sólo dan una comprensión del funcionamiento de su yo, sino que revelan -si exploramos su contenido inconsciente- las defensas contra las angustias despertadas en la situación transferencial. Pues el paciente necesita tratar los conflictos y las angustias reexperimentados hacia el analista con los mismos métodos que usó en el pasado. Es decir, que se aparta del analista en la misma forma en que intentó apartarse de sus objetos primitivos; trata de clivar su relación con él, conservándolo como figura, sea

buena, sea mala; desvía algunos de los sentimientos y actitudes experimentados hacia el analista, hacia otra gente de su vida. (M. Klein, 1952).

En este fragmento Klein expone en primera instancia, la génesis de la transferencia. Deja de manifiesto su opinión respecto de la materialidad inconsciente y primitiva del vínculo transferencial, y pone del lado del paciente las implicancias que esta reviste.

Se entiende de esto, una crítica profunda a la posición del sujeto de saber, del analista como configurador de la posición transferencial a su merced. Abre el párrafo en un acto de castración para con la posición privilegiada que se autoasignó el analista, para recolocar a este, en un lugar muy diferente.

Dirá de esta relación, que el analista poco tiene que ver; el paciente se comportará de acuerdo con cómo se ha comportado siempre, y que todo lo que él diga, más que contar lo poco e insignificante que pretende, refiere a sus relaciones más primitivas, y los efectos que imprimieron en él.

Luego agrega, que haga lo que haga, es necesidad del paciente revivir esas experiencias y comportarse de la manera en que siempre lo hace (nuevamente excluyendo la posición fálica que depone el accionar del analista, como posibilitador de ello).

Dicha posición se aproxima sustancialmente a la versión lacaniana de sujeto supuesto saber, en virtud de la cual el analista, ocupa un lugar privilegiado en las series funcionales del analizante, compelido por su posición, pero sin confundir que en verdad le corresponda.

A propósito dirá Lacan:

A menudo he insistido en que no se supone que sepamos gran cosa. El analista instauro algo que es todo lo contrario. El analista le dice al que se dispone a empezar Vamos,

diga cualquier cosa, será maravilloso. Es a él a quien el analista instituye como sujeto supuesto saber. (Lacan, 1969/1970).

Ahora bien, (y aquí la importancia de agregar el aporte de Klein en este trabajo) el movimiento que propone es la clave, que permite la salida de este callejón, que podría presumirse sin salida.

Esa salida (o movimiento) sí depende en mayor medida de la acción del analista; puesto que si bien en un principio éste se mostrará disponible para ocupar el lugar, y ser depositario de lo que la compulsión de repetir le demande del paciente en un momento a posteriori, (y sabiendo que los elementos anteriores poco tienen que ver con su persona, sino con la persona que se necesita que allí esté) deberá empezar a des invisibilizar, es decir, poner en foco discursivo las implicancias y formas de relación, que responden al domeño de las represiones primarias.

Se hace mención únicamente a las primarias, dado que las secundarias, por su condición de primeramente simbolizadas y luego reprimidas, contarán con registro en el área preconsciente, facilitando su despliegue sustancialmente.

Entiéndase que si bien en ese caso (secundarias) también se presentará un desafío, que implicará la reconstrucción de un evento vivido-olvidado, y que tanto la materialidad del recuerdo como su código y forma, responden a una lógica diferente a la del orden simbólico consciente, ésta diferencia será sustancialmente inferior a la elucidada en oponer a iguales condiciones a la represión primaria con tal orden.

En ese segundo caso, el movimiento no describe el recorrido desde el símbolo, (e introspectivamente) mediante el preconsciente, hasta el inconsciente; en este caso la fijación del recuerdo es anterior a todos los ordenes ut supra, y en tanto, éstos responden más a él, que él a ellos.

El desafío así significa una tarea diferente (y si se permite, de mayor complejidad técnica y teórica); salvada tal distancia, presentemos la siguiente referencia sobre el trabajo analítico.

Es sólo relacionando una y otra vez (y esto significa un trabajo arduo y paciente) las experiencias ulteriores con las anteriores y viceversa, es sólo explorando convenientemente su interjuego, que el presente y el pasado pueden juntarse en la mente del paciente. Es uno de los aspectos del proceso de integración que, a medida que el análisis progresa, involucra la totalidad de la vida psíquica del paciente. (Klein, M. 1975).

En función de este recorte, se comprenderá que el proceso de simbolización implica la existencia de una nueva forma de comprender la cosa, dando lugar a lo que varios autores coinciden en señalar como una suerte de terceridad en cuanto a lo simbólico.

El mencionado tridente implica, la representación presente, a la que ésta se remite, y una tercera formación, que constituye su interpretación.

Será en esta cuestión (nuevamente), la falta, promotora del acto; puesto que la misma, en cuanto a que representación perdida, compele al sujeto en la búsqueda que posibilita la acción simbolizante.

Si se entendiera (como hasta ahora los puntos de vista fueron convergiendo en tal sentido), que la falta de lo simbolizado siempre es de orden exógeno, y como tal, depende de la acción de otro.

Siguiendo el razonamiento, tal falta de simbolización (portadora de la acción o demanda del otro) domeñará esa necesidad de simbolizar, y así, el deseo de simbolizar, en ultimísima instancia podría entenderse como deseo del otro, en tanto regente del deseo primero (incluso podría agregarse, que no de cualquier otro, sino del Otro).

Hacia el fin del análisis: La caída del Otro y el fin de la repetición, el síntoma como posibilidad de lazo

Un paso más en el orden de esta reflexión podría verse a la luz de aquella frase, que tanto insistió en el pensamiento lacaniano, que cobra sustancia en la matriz del seminario 6 y permite expresar la volatilidad de la regla; y es que “No hay Otro del Otro”.

Como paradoja, de que la posición del Otro como significante, siempre se incluye a sí misma como regente y referente de sí misma, exponiendo los límites absurdos impuestos por la regla del lenguaje y la in-consistencia subsiguiente con la que se encuentra (en alguna instancia) el sujeto, en relación con su fantasmático pasado.

Esta trayectoria reflexiva enclava la dialéctica de este trabajo en su escollo final; sin perjuicio de las escoriaciones que pudieren devenir de las concepciones que dadas por atinadas pudieran significar un sesgo, se dará por válido tal camino reflexivo.

El destino de la integración simbólica de los contenidos antes no simbolizados deviene en la composición de una nueva (y más auténtica) integración de los afectos y efectos que forjan la existencia del analizante.

Esta nueva forma, es de esperar que deje progresivamente sin efecto la repetición y en su mismo acto agote algo de la función de la transferencia, decantando en lo que se conoce como fin de análisis.

El fin del análisis, como objeto de su existencia, es aliviar algo del sufrimiento. Un sufrimiento que fundamentalmente (como se advirtió hasta aquí) se instala como un no saber. Como si de un lenguaje maquínico se tratase, el destino yace escrito, condenado a repetirse, pero pujante de insistir, con la clara intención de ser develado.

El movimiento que se produce en el proceso analítico, que comienza (como este trabajo) en la presentación de una historia pretendida unidad, dotada de una lógica causal y

narrativa, donde se eroga un sentido determinado, deviene en las fallas que ese mismo discurso presenta, y las funciones que tales fisuras prestan al analizante, que apalancado en la disponibilidad del analista como semblante, podrá ver allí algo de lo que le aflija.

Si el proceso recorre una feliz coincidencia, los movimientos analíticos promoverán una problematización de lo que se pueda elucidar allí, de los eventos fijados en la némesis del analizante, a través las circunstancias que hoy posibilitan su aparición.

Ese mecanismo de problematización seguirá y seguirá en virtud de las simbolizaciones subsiguientes a la puesta en discurso de lo no simbolizado.

La integración de tales simbolizaciones desconocidas, posibilitarán el surgimiento de otras nuevas, dejando en ascuas la coherencia interna de la verdad, de toda la cadena de significado.

En ese sentido el efecto real del análisis compele al sujeto a la problematización de su base constitutiva, lo que Lacan llamo el gran otro. El destino de tal problematización es la identificación de la no existencia de eso fundante, de la no existencia de un retículo simbolizante que de sustento al sujeto y su existencia.

A partir de allí, la lógica discursiva deviene en la caída del Otro, y así su efecto fantasmático se diluye. El efecto que coacciona en el sujeto para hacerle repetir una y otra vez su destino pierde consistencia, dando lugar a un movimiento final.

El sujeto habitado por el silencio: la identificación sintomática y una soledad sin Otro

El ultimo despliegue de sentido es la identificación del sujeto con su síntoma; el dar cuenta de la función de éste, comprender su presencia, así como la lógica que lo sustenta.

Así el individuo hace lazo con el síntoma, y mediante esa identificación con este –el cual posee un sentido en lo real–, su sentido se dirige también hacia lo real.

Un sujeto luego de su fin de análisis está más habitado por el silencio, aliviado de su monólogo interior, practicante de la palabra plena, aquella de *Función y campo de la palabra...* y que inaugura la experiencia de una soledad íntima y nueva, una soledad sin Otro. (E. Bisso, 2012).

Y piénsese en una particularidad en referencia a la volátil posición a la que se suscribe, en el acto de efectuar la nominación de lo algo. Incluso en este preciso instante, la selección de las palabras condiciona efectivamente la reflexión, incluso a instancias de la revisión que se revista.

Tendrá todo el sentido, a la postre de la siguiente cita, que refiere al caso de James Joyce, quien hizo de su arte, una forma de deconstruir un nombre, de poder ahondar tan precisamente el nombrarse, que Lacan tendrá a bien servirse de tales movimientos para enmarcar lo que entiende de verdad allí, y que se alejará en efecto de la palabra, del significante y sobre todo de las cadenas de ellos.

Dice D. S. Rabinovich: “Puede decirse que la cadena significante guarda toda su pertinencia en lo referente al medio decir de la verdad, pero el goce no puede ser ni siquiera medio dicho, pues está excluido del significante, éste solo puede cercarlo, delimitarlo.”.

A efectos de poner en un ejemplo la anterior cita, considérese (hipotéticamente) el caso de una persona que, en el transcurso de su análisis, exponga reiteradamente una vivencia vinculada a un fracaso en el ámbito amoroso. En el relato de la experiencia, recurre a palabras y construcciones discursivas, es decir, moviliza la cadena significante con el objetivo de acercarse a aquello que siente y piensa respecto a ese episodio.

A través de estos significantes —las palabras seleccionadas, la estructura de su relato—, la persona logra expresar su sufrimiento, buscar sentido e incluso hallar explicaciones parciales que faciliten la comprensión de su posición frente al amor.

No obstante, existe un aspecto de esa vivencia que inevitablemente se escapa: una sensación intensa, un malestar profundo, una satisfacción dolorosa que no consigue ser plenamente transmitida mediante el lenguaje.

Ese resto, que excede lo decible y permanece como un imposible de traducir en palabras, corresponde al goce. El goce, en consecuencia, no puede ser verdaderamente formulado en términos discursivos; el lenguaje solo puede aproximarse, rodearlo, pero nunca capturarlo de manera cabal.

De esta manera, la cadena significativa —el lenguaje, las palabras— permite bordear aquello que, en última instancia, únicamente puede ser experimentado y no formulado completamente. Así, el proceso analítico posibilita una aproximación y delimitación de los contornos de ese goce, aun cuando nunca sea posible nombrarlo en su totalidad.

Conclusión

Al arribar el final de este recorrido, se vuelve evidente que el análisis psicoanalítico, lejos de brindar respuestas definitivas, inaugura un espacio semántico, una relación con lo otro donde la pregunta y la apertura prevalecerán (a partir de entonces) sobre la certeza y el dogma. La travesía se revela, así, como un juego dialéctico entre el saber y el no saber, entre la construcción del sentido y el reconocimiento de sus fisuras.

El proceso analítico, apoyado en el trabajo conjunto de analizante y analista, desarma las rígidas estructuras del discurso propio, permitiendo que el síntoma, lejos de ser únicamente un obstáculo, se transforme en un punto de anclaje con lo real, en una oportunidad para resignificar la existencia.

Es en la identificación con el síntoma donde el sujeto encuentra la posibilidad de hacer lazo (o hacer uno diferente) con su propio deseo, y, en el mejor de los casos el vacío,

que sobreviene silencio en la aparición de cierto sentido analítico, no es sino paradójica señal de una subjetividad más plena, menos atada a los imperativos de un Otro omnipresente.

Así, este trabajo no pretende clausurar el sentido sino dejarlo abierto, invitando a la reflexión permanente y al ejercicio de una palabra que, lejos de buscar la completud, celebre su inacabamiento y su potencia transformadora.

El psicoanálisis, en última instancia, nos convoca a habitar en la soledad creativa que emerge tras la caída del Otro, y a encontrar en ese vacío la matriz de nuevas posibilidades para el ser y la formación de subjetividad.

Sea por la vía de la simbolización progresiva, por medio de la cual la subjetividad irá dando cuenta de aspectos de su fundación y de las causas profundas por las que se devino en sentido, o que de otro modo, se entienda que al desplegar retrospectivamente la cadena significante hasta las ultimísimas circunstancias, el sujeto tendrá encuentro con su ajenidad y develará algo de su verdad, hasta entonces oculta; y en cualquiera de tales casos, la práctica analítica seguirá resistiendo con creces a los embates que se le opongan.

Y es que la distancia que se supone repele las posturas, responde en algún sentido, al encuentro con lo todo y la nada.

Podría, en ese sentido entenderse que esa presunta dicotomía, se comporta más como un síntoma de la disciplina, instalado en seno del discurso universitario; tan antiguo como la doctrina, que operando en la praxis de los saberes analíticos.

Lejos de menospreciar la valencia de estos debates de la agencia analítica, donde la finesa teórica cobrará niveles impensados, y bien resultaran para el estudioso de un singular interés, se verá que en la función clínica específica, las diferencias inmiscuidas en tales abstracciones quedaran en segundo plano, para dar lugar a otros aspectos, mas relacionados con la escucha y el no saber, que con el debate por la razón y el poder.

Bibliografía

Aulagnier, P. (1984). El aprendiz de historiador y el maestro brujo. Del discurso identificante al discurso delirante. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Laplanche, J. (1987). Nuevos Fundamentos para el Psicoanálisis. La Seducción Originaria. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Laplanche y Pontalis, (1967). Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Lacan, J. (1954). *El seminario: libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J (1966). Escritos 1: “De un sujeto por fin cuestionado”. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1975). *El seminario: libro 22. R.S.I. -Versión Crítica- Clase 7* —para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires— de Ricardo E. Rodríguez Ponte.

Lacan, J. (1969/70). El Seminario libro 17. El Reverso del Psicoanálisis. Paidós. Buenos Aires.

Bleichmar, S. (1993). La fundación de lo inconsciente, Buenos Aires, Amorrortu.

Bleichmar, S. (2004). Simbolizaciones de transición: una clínica abierta a lo real. En Docta - Revista de psicoanálisis - Editada por asociación psicoanalítica de Córdoba, Año 2/Otoño-invierno.

Freud, S. (1887-1904). Carta 52-112, Cartas a Wilhelm Fliess, edición completa, Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1893-1899). Primeras publicaciones psicoanalíticas. Obras completas (Vol. III).

Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. Obras completas (Vol. XVIII, pp. 1-62). Buenos Aires, Amorrortu.

Klein, M. (1975). Los orígenes de la transferencia. Obras completas, envidia y gratitud y otros trabajos (Vol. III).

Bisso, E. (2012). Destinos del sentido en fin de análisis; Perspectivas en psicología. (Vol. IX, pp. 100-103).

Rabinovich, D. (1996). La angustia y el deseo del otro. Buenos Aires: Manantial.